

LAS CALLES DE RENTERIA

Por Carlos RIBERA



Tengo delante unos grabados del gran pintor, y amigo inolvidable, Antonio Valverde. Son aguafuertes, realizados con esa despreocupación por la manera ejecutiva, típica del artista. Su meta, su preocupación primordial, era la expresión de un contenido sentimental, nacido de la contemplación del paisaje, urbano o natural, desdeñando el efectismo de trazo o de sombreado, que clasificase su obra en el recinto de «lo clásico» o «lo moderno». Ni heladas fórmulas académicas, ni esnobismos extremistas, aparecen en sus creaciones, hechas con devoción, en «voz baja», pero uncidas de una entrañable emoción siempre.

En estos sencillos grabados, aparecen las calles de Rentería. Algunas calles típicas de la villa de Rentería.

Vías ciudadanas que parecen ser la consecuencia de un hecho social espontáneo e irreversible, y no el resultado de una planificación previa de escueta utilidad. La casona, que pervive con el aire inconfundible del

casario, se alinea enfrente de la edificación industrial, y al lado de alguna venerable vivienda con recuerdos arquitectónicos nobles. Y al fondo, la chimenea alta de una fábrica o la torre gótica de la iglesia.

Las calles de Rentería, antes tranquilas, silenciosas, con silencio de campo o monte, son hoy día de un bullicio incesante, de una suma animación, de una agitación vital extrema.

Rentería ha crecido mucho, muchísimo, y rápidamente, muy de prisa. Y sigue su crecimiento, su expansión, que se refleja a la primera mirada sólo con ver las nuevas edificaciones que surgen diariamente por todas partes.

Este aumento desusado, se ha producido, sobre todo, por la aparición de gentes de regiones españolas lejanas, que han acudido atraídas por la actividad empresaria

nativa. Es un dinamismo de creación económica encauzada, que ha producido ese verdadero estallido de concentración demográfica diversa.

Ante este impresionante hecho, de aumento masivo y de procedencia variada, no falta gente suspicaz que tema por la desaparición de un estilo de ser y de vivir de entraña vasca, ante la riada integradora de tantos habitantes de mentalidad alejada de nuestra geografía.

Pensamos que ese temor es completamente infundado. Y no sólo infundado, sino que se convierte, esta ocasión de integración numerosa, en motivo de ampliación, de propagación, de un estilo vital, tan marcado, tan macizo, como es el de la región vasca.

De siempre es conocida la cualidad del hombre vasco para asimilar, para hacer propia, para dar una impronta estilística peculiar, a costumbres, modos de vivir y giros idiomáticos. Y esa facilidad de asimilación, sin ningún esfuerzo, sin perder su innata personalidad, tiene un nombre: se llama carácter. El carácter vasco, que no sólo se sustenta en el idioma ancestral y original, sino que se refleja continuamente en un estilo de vida, un modo de producirse socialmente, y que se enraiza básicamente en el misterio telúrico de su país. En su suelo y en su cielo, en su paisaje.

No hay cosa más contagiosa que el carácter vasco. La agitación inicial del forastero meridional, pronto se reposa. La fácil verbosidad se frena con la convivencia de un ambiente de expresión habitual parca y exacta. El orden, la discreción, la actividad pausada, el equilibrio del saber vivir y el saber trabajar, el orgullo de ir creciendo, el trato social democrático, igualitario, primordialmente humano, son factores latentes en el ambiente primero que ya existía, y que actúa rápidamente sobre el llegado, variando su modo de considerar la vida, cambiando la perspectiva mental de sus valores sociales.

Así, lejos de la estrangulación del estilo vital por la invasión de mentalidades distintas, ocurre, y creo que no es difícil su demostración, la conversión continua a dicho estilo de tanta gente llevada a vivir en el ambiente mental y material de la región. La impronta del estilo vasco, nacido de una personalidad fuerte y de unos ideales universales, marca, a todo el que llega a convivir en la región, aunque sea de pasada, y mucho más cuando llega a establecerse definitivamente.

Pronto, con espontánea naturalidad, queda incorporado a la forma del trabajo, a la seriedad de la palabra, al género dinámico de sus fiestas, a la médula coral de su música...

Antonio Valverde, en sus numerosas estampas, de las que son una muestra los aguafuertes que tengo delante en este momento, supo recoger, insinuar, con delicadeza y hondura, ese hálito característico de lo vasco, que, a pesar de todas las variaciones externas, se mantiene y se mantendrá vivo entre las calles de Rentería, silenciosas o turbulentas, afanosas o festivas, como algo no sólo que no acaba, sino que se extiende, se amplía, se abre a mayor número de participantes, conquistados inesperadamente por una convivencia brusca y abundante, que los tiempos nos han traído.

